

Julia Navarro

LA TRIBUNA | Miguel Ángel Heredia García

Palabras, palabras...

A la puesta en escena del presidente Sánchez y sus ministros, el pasado fin de semana con su reunión campestre en Quintos de Mora, le siguió varias entrevistas en distintos medios, amén de unas cuantas 'filtraciones' sobre los planes del Gobierno en relación a sus acuerdos con Junts.

Todo esto evidencia que hasta La Moncloa llega el eco del descontento de la ciudadanía por más que se hayan empeñado en dividir a la sociedad en buenos y malos. Los buenos son quienes apoyan al Gobierno haga lo que haga; y los malos, quienes se atreven a disentir, ya sea desde el partido de la oposición, desde organizaciones ciudadanas o desde el bar de la esquina.

Yo creo que los asesores y responsables mediáticos del presidente, deberían de ir cambiando la cantinela de que quien no está con ellos es que es compañero de viaje del PP y de Vox. En realidad visto lo visto, ni Pedro Sánchez, ni su Gobierno, ni el PSOE, tienen credibilidad para dar lecciones a nadie puesto que han pactado con el independentismo reaccionario de Junts, y puesto que prefieren como compañeros de viaje a todos aquellos que, desde distintas posiciones políticas en realidad lo que pretenden es acabar con el actual marco de la Constitución por medios torticeros. O sea que ya no cuela eso de que viene Vox porque quien de verdad está cogobernando España no es Vox sino Junts cuyo ideario poco tiene que envidiar al de Vox.

En cuanto a las entrevistas, lo cierto es que a estas alturas es difícil creer algo de la palabrería de Pedro Sánchez. Su problema es que carece de credibilidad y por tanto da lo mismo lo que diga hoy porque mañana puede decir lo contrario sin despeinarse. El presidente emite palabras, sí, pero palabras sin contenido alguno puesto que él mismo se encarga de vaciarlas de cualquier contenido. Me recuerda a aquella vieja canción interpretada por Mina, la gran cantante italiana: Parole, Parole, Parole, Parole... O sea Palabras, Palabras, Palabras... y más palabras.

En lo único que creo que el presidente dice totalmente la verdad es cuando en las entrevistas asegura que va a agotar la legislatura. No tengo la menor duda de que lo intentará aunque tenga que vender el país en cómodos plazos. Al tiempo.

Del ocaso de los valores: ¿el esfuerzo?

Nos enfrentamos a una cultura de pánico al esfuerzo. La sociedad y las familias no se lo estamos enseñando a los jóvenes ni tampoco exigiendo

No pasa una semana en que no nos despertemos con una nueva noticia alarmante para la comunidad docente, ya sea en España o en nuestra comunidad.

Hace unos días fueron los resultados del informe Pisa, seguidamente cifras del incremento de los casos sobre acoso escolar, continuando con el problema, y quizás enfrentamiento, sobre la permisibilidad del uso de los teléfonos móviles en los centros, también el preocupante aumento del abandono escolar, y el nulo descenso del fracaso.

Y continuaremos con esta dinámica durante todo el curso, se lo garantizo. Seguirán publicándose datos sobre la violencia en general en centros, dirigida en muchos casos contra equipos docentes; sobre la salud mental en la infancia y juventud; y sobre algún tema más, incluidas tentativas de suicidio.

Si reconocen mi firma y han leído otras de mis publicaciones, sabrán que suelo mostrarme poco alarmista, pero es complicado no hacerlo cuando te apasiona la educación y ves la deriva que está tomando para cuestiones que son muy importantes. No en todas, no caigamos en el derrotismo, pero pocas se libran.

Los resultados que podamos apreciar hoy no son sino la consecuencia de lo que llevamos haciendo en las aulas bastante tiempo, y creo que quienes están viviendo de cerca en mayor

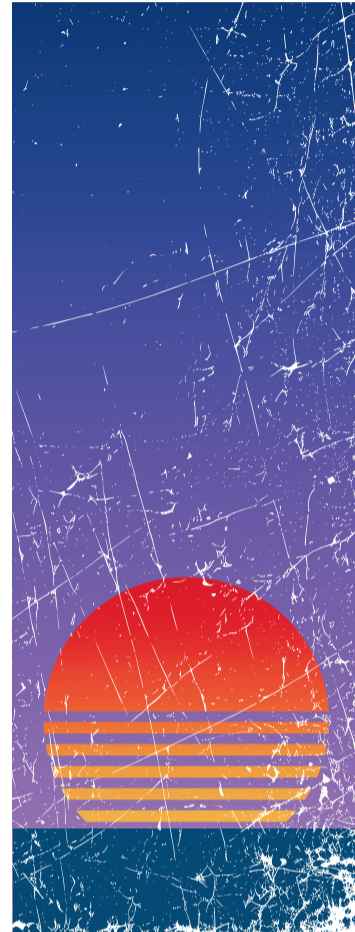
o menor medida los habrían visto venir. Y todos tenemos nuestra parte culpa, por acción u omisión.

Ojo, que, cuando me refiero a lo que hacemos en las aulas, no estoy señalando con el dedo al profesorado: el problema es mucho más global, y eso es lo que realmente me preocupa: hemos introducido importantes innovaciones y mejoras, en algunos casos sin tener claro el para qué, el cuánto y el de qué manera.

Creo en muchas de esas herramientas y reconozco mejoras en determinados campos. Pero no entiendo, de verdad, cómo hemos podido dejar de lado unos principios o valores fundamentales para el feliz crecimiento o desarrollo de las personas: los valores y las competencias, no sólo los conocimientos. No somos conscientes de lo que nos estamos jugando.

Hablo de la cultura del esfuerzo, de tratar de hacer lo que te ocupa de la mejor forma posible. Hablo de ser capaces de trabajar con autonomía, cada día con un poquito más según avanzan los cursos. De crecer en la asunción de responsabilidad y no estar en una sobreprotección constante que me va a hacer madurar pasados los treinta.

Y sigo. Me refiero a aprender a tolerar la frustración, porque me voy a dar de frente con ella en la vida y deberé saber cómo afrontarla. De tener un respeto hacia todo el mundo en general y, en particular, a quien intenta



Es producto del desenfoque del contrato social, en el que se reclaman los derechos, pero sin cumplir las obligaciones

ayudarme, y los equipos docentes les aseguro que lo tienen por objetivo principal. Y también de aceptar unas normas lógicas de convivencia, imprescindibles en cualquier sociedad, aunque no siempre te muestres de acuerdo con ellas.

Estos valores, y otros más, me parecen los cimientos sobre los que construir una educación a la que pueden ponerle los calificativos que deseen (potente, de calidad...), pero que, sobre todo, nos permita mejorar como personas y sociedad.

Creo que nos enfrentamos a una cultura de pánico al esfuerzo y de dejación de la responsabilidad. Y no volquemos la culpa en el alumnado, en la juventud. No les estamos ni enseñando ni exigiéndoselo ni la sociedad ni las familias en general. No se está decidiendo para el medio y largo plazo; solo contemplamos el corto y ello sin duda puede desembocar en el desastre del abandono. Se dejan los estudios porque me exigen un esfuerzo y trabajo: no tiene importancia, ya se presentará la solución sola. ¡Cuidado con lo que estoy diciendo!

Esto, en el fondo, es producto del desenfoque del llamado contrato social, en el que se reclaman todos los derechos (bien en principio) pero sin cumplir la mayor parte de las obligaciones, lo que obviamente no es aceptable.

Y en estas estamos. Sigamos mirando de reojo, pensando que el tiempo solucionará todo por generación espontánea y reaccionaremos (o no) cuando el daño sea irreparable, mientras seguiremos desayunándonos con más noticias gratificantes.

¡Yo seguiré insistiendo! ¿Alguien se apunta?

Miguel Ángel Heredia García es presidente de Fundación Piquer

Ilia Galán, profesor de Estética en la Universidad Carlos III

El escorpión y la rana

El escorpión y la rana volvieron de la antigua Grecia y picó de nuevo con su veneno a la que le portaba para cruzar el río, aunque ambos morirían por ello. No tuvo más remedio que picarla, pues, como dijo: «Es mi naturaleza». La fábula atribuida a Esopo es un universal. Cuando uno toma como compañero de viaje a un malvado o un corrupto no puede luego quejarse de sentirse engañado, más todavía cuando uno mismo también es un falsario. No otra cosa ocurre con este recién constituido Gobierno, un poder que nace de una gran farsa donde la casta política se reparte los pedazos y el pueblo

solo puede votar cada pocos años para intentar echar abajo la hedionda opresión práctica e ideológica, fanática, que le aplasta, de la casta de un color u otro: iabominable partitocracia! Se cambió la religión tradicional por otra laica y de importación norteamericana con 'nuevos inquisidores' y moldes de correcciones políticas que la mayoría abomina.

Vivamos la farsa pseudodemocrática, pero vivámosla bien, para bien de la mayoría si podemos, no así. Y es que si se vota a un partido que promete unas cosas y luego se desdice ante lo que aseguraba ser imposible y luego lo hace, estando antes y después

en el poder, es que nos engañaba y engaña. El partido socialista (ya no español, aunque tampoco obrero desde hace mucho tiempo y apenas social o solo en asuntos menores y estúpidos) ha estafado a sus votantes y por tanto no es democrático, ya que ha traicionado a sus electores; es de sí mismo, de la casta, como también lo fueron los que, llegando a ella para desmontarla, vivieron muy bien a su costa luego.

Se quejan los socialistas, pues el nacionalismo catalanista que quiere acabar con España le pica con su veneno, pero la rana (o más bien el sapo) socialista que cruzaba el río debía saber ya muy bien a quién tomaba como com-

pañero. El problema es que con esa rana envenenada y falsaria o con ese escorpión encima de todos nos podemos hundir catalanes, vascos, gallegos y en general hispánicos, pues son los emponzoñados quienes gobiernan la nave, ahora mostrando claramente cómo buena parte de la madera de nuestras instituciones está mal ensamblada o, simplemente, quedó putrefacta. Nuestra alta justicia no puede ser imparcial, está politizada, y así todo.

Tal vez de tan graves males surja una reacción que permita algo más sensato. La humanidad fue muchas veces imbécil. Parece un axioma, pero hay que intentar que los periodos de sensatez y sosiego permitan una vida pacífica y razonable a los pueblos para que puedan desarrollarse a su modo. Iniciamos frío el año, pero, aunque lejana parece, alguna primavera esperamos.